



ENTREVISTA A ÁNGEL GABILONDO

Domingo Hernández Sánchez
Madrid, 17 de noviembre de 2004

Este número de Pliegos de Yuste lleva por título «Pensar en Europa hoy». Con ello no queremos aludir únicamente a Europa como algo que ha de pensarse, sino también como lugar de pensamiento y, en este sentido, remitir al pensamiento europeo contemporáneo. Por ello, y debido a la cercanía de su muerte, es difícil no comenzar recordando a Jacques Derrida, un autor, además, importante para tus propias teorías. ¿Qué pensaste cuando conociste la muerte de Derrida?

ÁG: En cierto modo, quien escribe parece también ir un poco despojándose de sí. Sé que es algo lamentable, pues se trata de una persona, pero la muerte de Derrida acabas pensándola como un fenómeno de sus propios escritos: esa idea del despojamiento, esa muerte que parece que se inserta en sus propios textos. Los franceses siempre mueren un poco literariamente. Piensa en Deleuze, que se arroja al vacío, buscando el aire, alguien que siempre se había empeñado en respirar. Antes de su muerte, si la hubiéramos pensado, podríamos habernos preguntado qué muerte le esperaríamos a Derrida: ¿un ataque de escritura?, ¿alguna letra que se inyectara en la sangre? Es esto mismo lo que hace que su propia muerte sea un texto de escritura, algo escrito, injertado en su propia vida. Pero también, en cierto modo, ese hecho fatal quizá nos libere del personaje para que atendamos directamente a los textos y a los libros. Derrida es un autor —si es que podemos llamarle *autor* (él se enfadaría)— muy desigual, muy desigual en el sentido de que tiene textos extraordinarios, otros más ocasionales... Él sostenía que había que publicarlo todo, y en cierto modo diría que su muerte le da publicidad a un asunto que ha sido muy privado, como si la muerte se convirtiese en su última y postrera publicación. Veremos en qué queda Derrida. Hemos aprendido cosas con él, aunque yo creo que es un *autor* —siempre que diga *autor* escríbelo en bastardilla o entre comillas— que se lee muy poco, y es que no es

fácil leer a Derrida. Incluso ha habido un discurso desautorizándole a él y un poco el mundo de los franceses, que no siempre coincide con quienes los han leído.

– Siguiendo con Derrida, pero conectando ya con el tema de Europa, te leo unas líneas de *El otro cabo*: «Si bien hay que tener cuidado para que no se reconstituya la hegemonía centralizadora [...], no por eso hay que multiplicar las fronteras [...], no hay que cultivar por ellas mismas las diferencias minoritarias [...], los antagonismos nacionales, los chovinismos del idioma». Tú eres el autor de un libro que lleva por título *La vuelta del otro*. ¿Cómo ves ese tema en la Europa actual?

ÁG: A mí me gusta hablar de *unidiversidad*, e incluso a veces digo que estoy en la Unidiversidad Autónoma de Madrid. Creo que éste es el desafío del pensar; de hecho, en esto consiste el pensar, exactamente en esto, en ese juego entre la unidad y la pluralidad, ver y mostrar que sólo es posible ser diferente y singular en el seno de algo común. Siempre me ha gustado aquella idea de Aristóteles según la cual la comunidad es previa y anterior a cada uno de los singulares. Y es que se trata ciertamente de eso, de que sólo podemos ser singulares en el seno de algo común. Yo sostengo que como no haya *comunidad* europea, como no haya algo común, difícilmente podremos ser diferentes, ni siquiera diferentes. El esclavo era el que no tenía comunidad, el idiota era exactamente aquel que sólo se interesaba por los asuntos singulares, particulares, individuales. Ante esto, no deseo ni una Europa de *idiotas*, que crean que sólo existe lo particular, ni una Europa de esclavos, carentes de comunidad. Esperemos que se pueda constituir una comunidad, pero teniendo en cuenta que una comunidad no es sólo comunidad económica: tiene que ser también una comunidad cultural, política, científica. Nos queda mucha tarea, pero si no la llevamos a buen término, no habrá ni siquiera países.

– ¿Y comunidad filosófica? ¿Crees que se puede hablar hoy de filosofía europea, de un pensamiento europeo, diferente con respecto a otros?, ¿o eso ya no tiene sentido?

ÁG: Creo que no. Precisamente por esa noción de comunidad, tan transversal. Quizá haya algunos tintes, porque Europa es muy plural, al igual que su filosofía, contrariamente a lo que se piensa. Habría un cierto ruido mediterráneo, un poco Italia, un poco Francia, un poco España... Incluso no sé si no deberíamos escuchar un poco más lo que pasa en la otra orilla. Ese ruido, en cierto modo, estaba también planteándose frente al discurso según el cual si no eres griego o alemán no eres filósofo. Ha habido una reivindicación de un modo de pensar, no diré latino, pero sí vinculado a una forma de vivir. Casi afirmaré que reaparece la filosofía nunca existente, la filosofía romana, un pueblo que no tuvo filosofía, aunque sí una gran cultura, un cuidado y un modo de entender la vida. Creo que ha habido, más allá de esos libros de receta, demasiado prácticos, una vinculación de la filosofía con una forma de vivir, algo muy estoico: un neoestoicismo, podríamos llamarlo, frente a las posiciones enfermizamente academicistas. Y ahí sí que pienso que se ha producido algo en Europa, algo singular. Desde luego, Alemania seguiría siendo nuestra referencia, pero han aparecido autores que han hecho cosas muy interesantes en ese otro sentido.

– Siguiendo en este mismo contexto, ¿qué piensas del papel que han comenzado a ocupar algunos filósofos —especialmente en Italia— en las cuestiones políticas, ocupando cargos importantes en el ámbito de la política europea o en la política de sus propios países?

ÁG: Me parece estupendo. Ante el viejo debate de si el filósofo debe ser gobernante o el gobernante debe ser filósofo, ese debate que tantos problemas le produjo a Platón en la *Carta VII* y en otros tantos lugares, estoy con Aristóteles: el hombre es un animal político. Creo que lo que ha habido es una desconsideración de la gran política y, por ello, se necesitan nuevas formas de lo político. Es indispensable recuperar el espacio público, dar a la palabra espacio público, convertirlo en espacio de implicación y espacio de atrevimiento. Me parece muy razonable que la filosofía esté vinculada a la ciudad, a la preocupación por la ciudad, al gobierno de la ciudad. Me parece razonable, pero de ahí no se deduce que obligatoriamente haya que estar afiliado a un partido político determinado o seguir el modelo convencional de los partidos políticos. Y sin embargo, desde luego que la palabra ha de ser palabra pública, palabra implicada y palabra atrevida que provoque en el seno de la comunidad una torsión. Esto es algo que a mí me parece indispensable. Si no, no sé de qué palabra hablamos.

– Conectando con lo anterior, la pregunta siguiente es obvia: la relación entre universidad y filosofía, incluidas las ingratas tareas de gestión. ¿Cómo llevas tu doble vida de rector y filósofo?

ÁG: Siempre he dicho que no sólo encuentro compatible ser rector y ser filósofo, sino que además, en alguna medida, me parece que responde muy bien el ser rector al hecho de haber tenido una determinada formación filosófica. Nunca he creído que no hubiera de comprometerme públicamente por lo que digo y por lo que creo, o que no hubiera de dedicar un tiempo a la construcción de una minipolis, o que no hubiera de trabajar con otros a través de la conversación y el diálogo para llegar a acuerdos razonables o para hacer una lógica de lo preferible. Todas estas cuestiones son verdaderamente filosóficas, y son indispensables para ser rector.

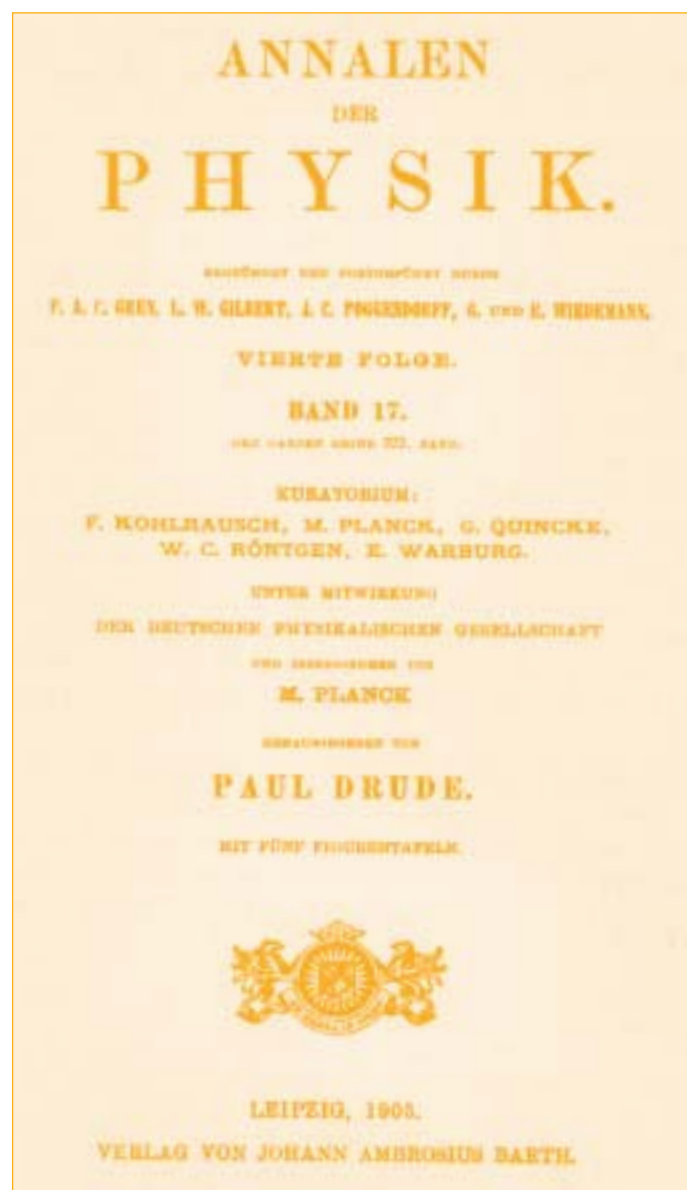
– En tu calidad de rector y vicepresidente de la CRUE, ¿cómo ves la inserción de la universidad española en el Espacio Europeo de Educación Superior? Afirmabas en una entrevista reciente que seguramente harían falta dos cosas, recursos e ideas. Con los recursos aludías al famoso 1%, pero, ¿y las ideas?

ÁG: Creo que la primera idea es que no debe hablarse de *insertarse* en un espacio, porque ese espacio todavía no existe. Lo que hay que hacer es *crear* tal espacio. Se habla generalmente de *inserción*, como si Europa fuese ya un espacio universitario y España tuviera que irse allí de excursión. Creo que cuando lleguemos a la plaza pública de Bolonia no habrá nada más que lo que llevemos. Probablemente esté el espacio, el espacio generado, pero lo que necesitamos hacer entre toda Europa es construir ese espacio universitario. Que empiezo por decir que lo quiero multicultural, abierto, abierto también a América Latina, a África, a Asia, que no quiero que Europa esté plegada sobre sí misma. Me parecería un error que contradice la idea misma de *universidad*. Desde luego, creo que es una buena ocasión, una buena oportunidad para que hagamos las cosas mejor, para que reformemos nuestras formas de enseñanza, tan convencionales, para que nos organicemos mucho mejor, de modo más abierto. Lo que claramente va a traer el EEES es algo indispensable: una mayor movilidad, una mayor homologación de los estudios y una mayor homologación de los títulos. En el fondo, se trata de algo de sentido común: que cuando un padre y una madre con un hijo se vayan a otro país, el hijo pueda proseguir los estudios sin tener que pasarse cuatro años convalidando asignaturas, y, a su vez, que el título o la capacitación profesional de los padres puedan valer para trabajar donde estén. Lo que se busca es inserción en un espacio laboral, movilidad natural, homologación de los estudios y reconocimiento de los títulos. Eso no significa

uniformizar planes de estudio, sino que se trata, simplemente, de generar un poco de confianza. A veces estamos convalidando títulos de Oxford o de Cambridge; yo, sinceramente, no necesito convalidar un título de Oxford o de Cambridge, lo que tenemos que lograr es que el individuo que sea licenciado en Oxford, por ejemplo, pueda trabajar aquí.

– Yo, de todos modos, y remitiéndome únicamente a la enseñanza, a las formas prácticas de enseñanza, creo que va a ser difícil. Créditos ECTS, e-learning, docencia no presencial... la recepción de todo ello por parte de una tradición muy asentada, y pensando tanto en el profesorado como el alumnado, acostumbrados a la toma de apuntes, a la lección magistral, al examen... Lo veo realmente complicado.

ÁG: Es complicado, pero también indispensable. La idea del estudiante como recipiente, que ha de ser adiestrado profesionalmente, no es una idea que sea compatible con una universidad de innovación. Es indispensable que uno trabaje y aprenda en su trabajo, en su ejercicio, en su labor personal. Lo que hace falta es autorizar eso, acompañar eso, crear condiciones para ello. Desde luego, lo que está claro es que con un sistema de cinco horas al día oyendo hablar a otro no se aprende demasiado. Se aprende un poquito de docilidad, un poquito de paciencia, un poquito de resignación... pero éstos no son exactamente los valores que deseamos como valores universitarios: ni la docilidad, ni la paciencia, ni la resignación, sin más. Tampoco sus contrarios, claro. Lo que estoy diciendo es que si hablamos de innovación, entonces las formas de enseñanza al dictado, vendiendo manuales y tomando apuntes, no constituyen un trabajo creativo ni crítico ni transformador de la sociedad. Debe haber clases magistrales, pero menos. En la UAM, por ejemplo, tenemos un profesor por cada doce alumnos. La relación está muy bien, luego ¿no podemos organizarnos de tal modo que, en un espacio de mucha opcionalidad, y mucha soledad —los estudiantes trabajan muy solos—, podamos hallar fórmulas para acompañar el trabajo de los demás? Eso significa modificar nuestra mentalidad, ser generosos y cambiar la legislación. Lo que pido es que se insista en esa dirección para entender que la labor de un profesor no es sólo dar clase. Dar clases no es lo mismo que actividad docente. Hay actividad docente que no es dar clase, y además hay otro tipo de actividades: un profesor dedica casi el sesenta por ciento de su tiempo a actividades burocráticas y de gestión, a gestionar las cosas que tiene que hacer, la docencia, la investigación. Creo que deberíamos dedicar más tiempo a programar nuestra actividad docente y menos tiempo a estar delante del estudiante. Y, por tanto, una necesidad ineludible es la formación del profesorado, los programas de formación para los profesores.



– ¿Cómo crees que le va a ir a la Filosofía, como Facultad, en el EEES? Hay una idea que, últimamente, se ha comentado más de una vez en nuestras Facultades: el hecho de que la Filosofía, como Facultad, o bien es capaz de adecuarse a los nuevos modelos, por ejemplo, a colocar sus asignaturas en otras titulaciones, a salir en cierta medida de su ensimismamiento, o quizá, como Facultad lo pueda tener difícil para subsistir.

ÁG: Considero que la filosofía pasa por buenos tiempos. De hecho, no hay un descenso excesivamente grande en las matrículas. La filosofía es algo muy vocacional, y pienso que hay que vincular eso a una determinada concepción de las formas de vivir, a una determinada forma práctica. Antes mencionaba el neo-estoicismo; pues bien, cuando hablamos, por ejemplo, de física, hemos de referirnos también a los problemas del entorno, del desarrollo sostenible, de la forma de configuración de la realidad; la lógica es también la lógica de lo preferible, de lo probable, de lo conveniente. Lo que no podemos hacer es estudios que estén desvinculados de nuestra forma de vivir, porque eso acabará no sé si desapareciendo, pero sí algo mucho peor que desapareciendo, que es convertirse en algo helador, frío, incapaz de

provocar esa relación fundamental en el logos, la relación entre el ser y el decir, entre el decir y el pensar. Y en ese marco sería indiferente lo que pensemos, pues vamos a seguir viviendo de una manera que no se vea afectada por el pensar. La pregunta sigue siendo qué significa hoy «pensar», qué quiere decir hoy «ser filósofo», qué significa hoy «estudiar filosofía». Lo que espero del filósofo es una forma de vivir que le aleje de los valores convencionales, que no esté seducido por «la riqueza, los honores, los placeres, los poderes de la vida», por utilizar fórmulas antiguas. Se trata de que la filosofía proponga una serie de valores alternativos que, basados en el pensamiento, logren crear una sociedad distinta. Y citaré a Parménides: «impulsado por el carro de la diosa por el derecho y la justicia»... Creo que no le esperan malos tiempos a la filosofía, aunque otra cosa será respecto a las Facultades, qué va a pasar con las Facultades, y esa era exactamente la pregunta. Aquí, en la Universidad Autónoma de Madrid, a nosotros nos gusta mucho tener una Facultad de Filosofía y Letras; no tenemos una Facultad de Filosofía. Pertenece a las pocas universidades que optaron por no tener una Facultad aislada. Y esto nos ha permitido, a la hora de hacer planes de estudios, y hablando de optatividades o de asignaturas de libre configuración, que un estudiante de Filosofía pueda cursar materias de Historia, o de Filología Clásica, o de Filología Española, o de Literatura... Porque creemos que esta formación abierta, plural e interdisciplinar es indispen-

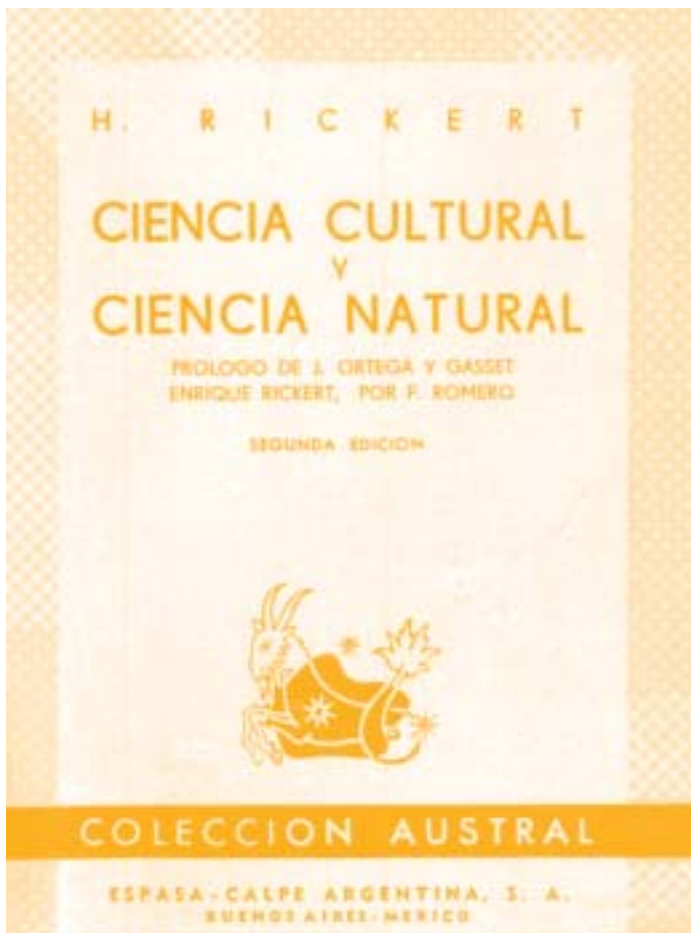
sable. Los que han partido la Facultad de Filosofía y Letras e incluso han separado sus espacios, sus edificios, tienen algunas dificultades para este tipo de formación más integrada. Ahora bien, así como no considero indispensable que haya facultades de Filosofía, sí creo que es indispensable que haya una titulación de Filosofía.

– *Continuando con esa relación entre filosofía y vida, entre filosofía y sociedad, ¿crees que los filósofos estamos actualmente «a la altura de nuestro tiempo», como diría Ortega? Me refiero, en general, al papel del intelectual hoy.*

ÁG: En ocasiones nos sentimos un poco desbordados por el excesivo afán de novedades, por una entrega excesiva a la actualidad. Creo que no ha de olvidarse lo que podríamos llamar, en general, el presente, y por ello pienso que la filosofía debe entenderse más como una ontología del presente que como una preocupación por la actualidad y la novedad. En este segundo sentido, la filosofía acaba convirtiéndose en una suerte de periodismo, en un discurso de sentido común. Me parece que cuando uno habla con sentido común, y habla de cosas que pasan, ya está inmerso en la realidad. Ante esto, yo, como metafísico, no olvido que la realidad no es sólo las cosas que pasan o lo que es novedoso, sino que hablaría de una necesidad de atender al presente. Ahora bien, atender al presente no es sólo ver lo que pasa, sino también, y sobre todo, preocuparse por qué es lo que hace que pase lo que pasa, e incluso más que eso: se trataría a su vez de preocuparse por qué queremos que pase, por qué deseamos que pase. Traduciría la pregunta en términos ya mencionados por algunos filósofos: qué desear, por qué desear y si los filósofos, de verdad, somos capaces de desear algo. Porque si eso no es así, lo único que vamos a hacer es ser portadores más o menos brillantes de las cosas que pasan, periodistas de alto nivel.

– *Quisiera concluir, habiendo hablado ya de Europa, de pensamiento europeo, de Universidad, tratando tu propia trayectoria filosófica. Echando la vista atrás, ¿cómo te ves hoy como filósofo? ¿cómo ves el camino que te ha traído hasta tus últimas obras? Si no recuerdo mal, te doctoras con una tesis sobre Hegel y tus últimos libros son La vuelta del otro y el reciente Mortal de necesidad. Parece como si hubieras encaminado tu propia tradición filosófica, los autores que has venido tratando, a una serie de temas muy concretos.*

ÁG: Filosóficamente, parto de considerar que hay un combate, un diálogo tremendo entre Hegel y Nietzsche, y que todavía no está muy bien afrontado. A mí me interesan los que son capaces de soportar esas dos lecturas juntas. De algún modo lo intenta Heidegger, o lo intentan otros, y éstos son los que a mí me interesan, los que nos echan por la borda toda la filosofía que ha devenido sistema y lógica y razón. Se trata de pensar





cómo podemos ser nietzscheanos que han leído a Hegel, o hegelianos con Nietzsche, de cómo podemos en realidad hacer eso compatible, si es que es compatible. Siempre me ha preocupado el problema del logos, el hecho de si posee un lenguaje de la palabra: «Amo la palabra», «tengo pasión por la palabra», decía Derrida. Y esta preocupación o pasión por la palabra me llevó a escribir *Menos que palabras*, como si hubiera que despojar a la palabra de su grandilocuencia y buscar sólo aquella palabra que se encarna en la vida, en la realidad, que se hace carne y vida en cada uno de nosotros. Creo que, en este sentido, la vinculación entre la palabra y la muerte es una vinculación canónica: la palabra es privilegio de los mortales. La vinculación entre la palabra y la alteridad, el reconocimiento del otro, la diferencia del otro, el rostro... son asuntos indispensables. También *Trazos del eros* era un libro sobre el hablar, el leer, el escribir. Siempre he tenido esa preocupación por la palabra, por el retorno del poder de la palabra, por la palabra que haciéndose carne nos da un poco de vida. Y es que, en cierto sentido, estamos faltos de palabras, de discursos verdaderos que influyan e incidan en nuestra forma de vivir. Respecto a esto, he encontrado buenos aliados en la filosofía, pues pienso, con Hegel, que el concepto es lo más concreto, que concebir algo es concretarlo y que la preocupación fundamental del pensamiento como creación de conceptos sería obtener la creación de formas concretas, posibilidades concretas de vida, formas nuevas de existencia, espacios donde sea posible (y ahora remito a Deleuze) respirar, esperar y desear.

– Sin embargo, recordaba mientras hablabas que hay toda una serie de interesantísimos pensadores que han defendido el hecho de que, actualmente, quizá estemos volviendo a una cierta tradición oral, de un modo que vincula la cultura visual con la tradición homérica (pienso en Havelock, en Walter Ong, en el propio De Kerckhove). Quizá el debate que surja en poco tiempo es el mismo que el de Sócrates...

ÁG: Vuelvo a Derrida: yo también creo que hay una escritura originaria, una inscripción originaria, esto es, que incluso oralmente hablamos escrituralmente, que al hablar hay una inscripción, una inserción. También en la oralidad, por tanto, habría una voluntad de escritura: la filosofía nace vinculada a la escritura, y no es ni muchos menos casual que en la misma época y en la misma zona, siglos VIII-IX a. C., vinculadas a la agricultura, surjan la escritura y la filosofía. En una misma época en un mismo lugar: no debemos olvidar eso. Es verdad que hay una cierta oralidad, un cierto retorno de la imagen, pero yo pienso que hablamos como escritores. Cuando hablamos parece que estamos imaginando lo escrito, e igual sucede con la filosofía. Y además nos produce placer verlo escrito, aludiendo al placer de la escritura, el placer del texto. Hablamos siempre tejiendo,



haciendo textos, y por ello en la *Política* de Aristóteles y en *El Político* de Platón se afirma que el político es un tejedor, un tramador que hace urdimbres. La idea de texto se encuentra en la propia teoría platónica de las ideas, pues las ideas están entrometidas, entretejidas unas con otras, como si hubiera un texto y a nosotros nos tocara más bien hilar, deshilar, tejer, destejer... yendo más allá de la oralidad, llegando incluso hasta las imágenes. Se ha hablado de la lectura de imágenes y de cuadros. «Sobre la lectura de edificios y de cuadros» es el título de un trabajo de Gadamer, también se ha hablado de «leer un cuadro». Aunque haya imágenes, las leemos, y por tanto producimos una acción de leer; diría incluso que ya oímos leyendo, que cuando el otro habla elegimos (*legere, eligere*) elegantemente, elegimos con gracia, que es lo que significa el término «elegante». Y, por tanto, estamos una y otra vez leyendo incluso los libros no escritos, leyendo el libro por venir, el libro que nunca vendrá. En alguna medida, eso es escribir: leer un libro nunca escrito. Cuando uno escribe algo da la sensación de que está leyendo, eligiendo alguna cosa y, por tanto, situándose más allá de una restricción de la escritura y la lectura a lo que entendemos convencionalmente por ellas. Ricoeur, incluso, habla de la posibilidad de leer acciones. Hay más lectura en la palabra *logos* (*legere, eligere, legein*) de lo que creemos, y es muy difícil escapar de este espacio de escritura o de lectura.

– *Ya que comenzamos con Derrida, me gustaría concluir con Ortega. Parece que, últimamente, todo está siendo muy*

orteguiano: una misión de la Universidad, los Estados Unidos de Europa... Es como si estuvieran haciéndose ahora efectivos los sueños de una tradición europea, sueños que, durante un tiempo, habían quedado situados un poco al margen.

ÁG: Sobre Ortega, pienso que son importantes, por ejemplo, las nuevas ediciones que tú mismo y otros estáis haciendo, ediciones que nos acercan a Ortega de verdad. Pero también ha habido mucha parafernalia, mucha pompa... Creo que en alguna medida se desaprovechó su centenario para haber impulsado su pensamiento, primando sin embargo quién había conocido más o menos a Ortega, como en una especie de concurso. Las ediciones son importantes. No hay que olvidar que hay también en Ortega una voluntad de comunicación, de crear comunidad. Ese afán de escribir, en los periódicos, en los medios de difusión, el filósofo que quiere incidir, intervenir... Creo que este tema de la palabra como incidencia, como apuesta de vida, sí que tiene una enorme actualidad, al igual que, desde luego, esos proyectos suyos que tú mencionabas. Pero hemos de pensar con él más que pensar en él, y es un error que a veces cometemos: pensar en lo que ha dicho, recrearlo, recitarlo admirados, en vez de acompañarse de Ortega. Ortega es una excelente compañía para pensar nuestro propio presente. Siendo sinceros, no es la compañía que yo más frecuente, pero por supuesto sí que me parece una compañía estupenda, entre otras cosas por esa vinculación con una realidad efectiva, con una comunidad, con una situación política, con la perspectiva de una Europa que se abre.